

Horror y grandeza de la revolución

Claudio Magris

Hace cierto tiempo, Solzenitzin viajó a la Vandée para rendir homenaje a las víctimas del terror jacobino durante el dominio de la Convención y la guerra civil y europea ocurridas en Francia en 1793. Su gesto no es sólo un signo de piedad ante los vencidos de entonces, que la memoria de los vencedores cubrió de sombras, y de los sufrimientos padecidos en el feroz enfrentamiento ideológico que sacudía a un orden social de muchos siglos; el peregrinaje de Solzenitzin quiso negar el Noventa y Tres como símbolo de la revolución y raíz del nuevo mundo surgido de ella.

Aquella fecha, el Noventa y Tres, que dio nombre a la novela de Victor Hugo, no es ya un número para escribirse con cifras sino el nombre de un personaje desmesurado; es el fantasma de una subversión radical de la historia que quedó inacabado y que, hasta hace pocos años, parecía a muchos el fin último de la historia misma, una bandera caída muchas veces pero destinada a levantarse una y otra vez y, un día indefinido, a ser izada en un mundo renovado.

Ahora, un descrédito generalizado rodea a la idea de revolución y sus principales realizaciones históricas, desde la francesa a la rusa, exceptuando sólo la inglesa, entendida quizá como un inciso de la evolución, exento de todo patetismo milenarista.

El *revival* vandeano, que no es sólo el debido homenaje a los vencidos y a su coraje, es muy distinto de la crítica liberal y democrática, que rechaza el radicalismo y el terror del Noventa y Tres sin por ello negar los principios del Ochenta y Nueve y de las libertades nacidas de ellos; la celebración de Vandée niega implícitamente a la democracia moderna que, entre tantas vicisitudes y recaídas regresivas, caracteriza a la historia occidental a partir de la Revolución Francesa.

Victor Hugo, que rechazaba el Terror y respetaba a sus víctimas menos que Solzenitzin, comprendió que para echar claramente las cuentas de la historia moderna –con las promesas de libertad y progreso que hace resplandecer, pone en práctica y a menudo aniquila– era necesario sumergirse no sólo en el Ochenta y Nueve, que todo demócrata debe exaltar y celebrar, sino también en el Noventa y Tres, que es, a un mismo tiempo, su

extensión y su negación, que ensancha y a la vez destruye las conquistas del Ochenta y Nueve, negándolas en el presente y salvándolas para el futuro.

Victor Hugo, que acaba *El Noventa y Tres* en 1873, está horrorizado ante el totalitarismo de la Convención, pero siente que las libertades que le son caras, en nombre de las cuales critica a Robespierre, deben tanto a la lucha llevada a cabo, con medios inaceptables y que él se niega a considerar necesarios, por el mismo Robespierre. Por ello, en el discurso pronunciado al ingresar en la Academia Francesa, Hugo, que está empezando a ver no sólo las aberraciones sino también la grandeza de la Convención, la define como «un tema tenebroso, lúgubre, atroz pero sublime».

Este término no es solamente engañoso. Lo sublime también es inhumano y es lo que trasciende y revuelve los límites de la inteligencia, de la fantasía y del sentimiento; sublime es el vértigo de lo infinito, el huracán, la muerte. Definir como sublime la revolución no significa desearla, como no se desea la tempestad, sino reconocer la potenciación que da a la historia.

En una de sus primeras poesías, todavía monárquicas, Hugo exalta la Vandée como «hermana de las Termópilas»; pasando luego a posiciones liberales, republicanas, democráticas y socializantes, glorifica al Ochenta y Nueve pero condena el extremismo del Noventa y Tres. La fascinación que empieza a sentir por este último se liga, ciertamente, con su entusiasmo por lo grandioso y lo enorme; la Convención lo fascina como una tempestad que, al comienzo de la novela, se desencadena sobre la nave vandeana que dirige en Francia el marqués de Lantenac, conductor de la reacción.

Hugo no cambia su opinión sobre el Terror pero lo considera la última explosión de una violencia secular que lo ha producido y a la cual pone violento fin. Son las injusticias del pasado feudal y monárquico, según escribe repetidamente, las que han generado la guillotina; en la poesía «*Le verso de la page*» la cortada cabeza de Luis XVI reprocha a sus padres, a las estatuas de los reyes de Francia, haber construido esa «máquina horrible» que lo ha decapitado. Uno de sus versos proclama la necesidad de salir del mal a través del mal. Las violencias del Noventa y Tres parecen a Hugo surgidas de la urgencia por liquidar en unos pocos meses muchos siglos de opresión; cuando aquella necesidad ha sido satisfecha —cuando «el porvenir ya ha llegado»— toda violencia debe cesar y ceder el puesto a la clemencia. Es fácil sonreír ante esta fe y ni siquiera Hugo, que tuvo tiempo para ver la Comuna de París y su exterminio, pudo mantenerla demasiado tiempo; escarnecer toda esperanza en el futuro forma parte del obligado repertorio de la vulgaridad. Hugo comprende que, sin esa fe tantas veces desmentida, no hay progreso alguno ni liberación alguna; la idea de revolución es una levadura sin la cual no se hace el pan, aunque no se pueda hacer ni siquie-

ra mal pan sólo con levadura. La Revolución Francesa es para él un evento epocal que ha quebrado la historia, un parto violento de la modernidad, «una estipulación para la humanidad toda».

Él sigue criticando la violencia, pero no sólo la revolucionaria, como a menudo se hace. Se tiene una gran comprensión para la razón de Estado y sus compromisos y delitos, cuando la ejercita el poder tradicional, en tanto se condena con inflexible espíritu evangélico cuando con ella se manchan los revolucionarios. Los primeros responsables de tal injusticia son ciertamente los mismos revolucionarios, porque actúan y proclaman actuar en nombre de la virtud, pero Hugo no se confunde con los que tienen siempre presentes –con un horror que comparte– a los sanguinarios felices de asistir a las ejecuciones por medio de la guillotina durante el Terror (de ir a la «misa roja» según escribe en su novela) pero olvidan, con benévola indulgencia, a las damas que asistían felices, en 1871, a los fusilamientos de los comunardos, niños incluidos.

La fe en el radiante porvenir, a menudo peligrosamente justificadora de las infamias cumplidas en el presente que lo prepara, cruje en *El Noventa y Tres* con pompa de terremoto, entre borrascosas contradicciones y magnánimas incertidumbres que hacen a la magnilocuente grandeza de la novela.

Hugo habla a través de Cimourdain, el héroe purísimo y fanático, el cura jacobino según el cual «un día la revolución justificará al Terror», que personalmente aborrece pero considera un sacrificio necesario; Hugo habla también a través de Gauvain, el héroe luminoso y humanísimo que lucha valerosamente por la revolución y es guillotinado por su padre espiritual Cimourdain, que lo ama más que a nadie en el mundo, porque ha violado la cruel norma de la guerra en nombre de la humanidad: «Tened cuidado» dice Gauvain «que el Terror no sea la vergüenza de la revolución».

En el polo opuesto está el marqués de Lantenac, el viejo aristócrata impávido y despiadado, dispuesto a sacrificarlo todo a la causa de la reacción, que hace condecorar y fusilar a un marinero autor de un acto de valentía pero también culpable de negligencia.

En diversas ocasiones el escritor pone en un plano de igualdad la violencia de los monárquicos y de los republicanos, en la sanguinaria guerra civil que, según escribe, es una guerra de los bárbaros contra los salvajes. Pero, sin embargo, hay una diferencia objetiva, para Hugo, entre la crueldad jacobina de Cimourdain y la vandeana de Lantenac. Cimourdain es el hombre del futuro y de la humanidad, que está dispuesto a sacrificar fanáticamente el presente y a los hombres, incluido él mismo; su ideal, para Hugo, implica además una real emancipación del género humano y la conquista de libertades concretas para los hombres, en tanto el marqués de Lantenac combate para perpetuar el salvajismo, la ignorancia y la crueldad.